

**MAYO 2014**

**ESCRITOS**

## **SANTOS QUE HAS CONOCIDO**

### **Escrito dominical, el 4 de mayo**

En la sencillez y sobriedad de la liturgia romana en la canonización de Juan XXIII y de Juan Pablo II, me han sorprendido algunas consideraciones, que en una sencilla reflexión quiero comunicarles. No se trata de la celebración en sí misma, que ha seguido el ritual de otras canonizaciones; pensaba yo que esa declaración solemne de la santidad de los dos Papas por el actual Pontífice era reconocer la vida santa de dos discípulos del Señor contemporáneos míos y de tantos de los que allí estábamos. Con Juan Pablo II de hecho he tenido el privilegio incluso de hablar a solas con él en tres ocasiones. No sucedió esto con el Papa Juan. Sucesores ambos del apóstol san Pedro, han vivido en la misma época histórica que yo mismo, pero ellos han hecho de su vida, con la gracia del Espíritu Santo, una entrega generosa y alegre en favor no solo de los católicos: es que han influido en la humanidad a la que pertenezco.

Los recuerdos que tengo del Papa Juan XXIII son ciertamente más lejanos, pero vivos, pues 1958 (fecha de su elección como Sumo Pontífice) eran momentos para mí de conocimiento apasionado de Cristo cuando estaba entrando yo en la adolescencia. Y el inicio del Concilio Vaticano II están grabados en mi memoria porque además la televisión acercó mucho a nuestras vidas lo que sucedía en Roma en aquellos cuatro años. Era seminarista menor y lógicamente no me percaté entonces de la trascendencia de ese Sínodo universal ni de sus consecuencias, pero por las crónicas que a diario nos leían entendía con mis compañeros que, cuando fuéramos ordenados sacerdotes una década más tarde, la Iglesia tendría una tonalidad diferente. No conocíamos por supuesto tampoco la existencia del que era ya obispo auxiliar de Cracovia en Polonia y en 1964 arzobispo de aquella Iglesia.

Como sucediera en el año 2005, cuando muere Juan Pablo II, las horas últimas de la vida de Juan XXIII las vivimos intensamente. La vida entregada de uno y otro fueron hitos importantes de la trascendencia de aquellos momentos eclesiales. El Papa Francisco ha subrayado en la homilía del 27 de abril la docilidad al Espíritu del Papa Juan y lo adecuado de la denominación de Juan Pablo II como Papa de la familia. A ellos nos encomendamos en este proceso sinodal en que está la Iglesia en los años venideros sobre la familia y el servicio pastoral adecuado que necesita en estos momentos.

Sin titubeos afirmo que la acción del Espíritu Santo sobre la Iglesia fundada por Jesucristo la he constatado en las personas de estos hoy ya santos: san Juan XXXIII y san Juan Pablo II. También en otros muchos momentos y en tantos hijos de la Iglesia, fieles laicos, consagrados, sacerdotes y obispos. Los Papas de todo este periodo histórico del pueblo de Dios que yo he vivido: Pío XII, Pablo VI, Juan Pablo I, Benedicto XVI y el Papa Francisco actualmente avalan mi afirmación de que merece mucho la pena ser parte de este Pueblo, que es Iglesia Santa de Cristo; lo constato en mi propia persona, pues yo no puedo entender mi vida sin la Iglesia que me ha dado a Cristo Resucitado, aún en medio de los pecados de los que somos sus miembros.

Mi vida de obispo ha transcurrido casi toda ella, desde 1987 a 2005, siendo Papa Juan Pablo II. Cuando él decidió que yo fuera obispo de Osma-Soria por los caminos normales de un nombramiento episcopal, recuerdo bien que le escribí aceptando su nombramiento. No fue fácil aquella carta, pero de mi corazón salió no solo aceptar ser obispo, que todavía alguno piensa que es un honor o ascenso, sino ser con él sucesor de los apóstoles, esto es, seguir a Jesús sin barreras. Probablemente he puesto después muchas, pero la confianza en que el Señor y la santa Iglesia no te dejan solo nunca ha faltado en mi ánimo. Había conocido al Papa «en vivo» en Valencia en 1982 y días después en Madrid en aquel memorable viaje apostólico, que le acercó también a Guadalupe y la ciudad de Toledo. ¿Cómo no sentirse impresionado por su personalidad y a la vez por su sencillez?

Quisiera solo apuntar algo que expresé cuando murió el Papa Wojtyla. «Qué destaca usted de este Pontífice?», me pregunto alguien. «Muchas cosas, pero ahora pienso en una concreta: Juan Pablo II nos ha ayudado a los católicos a librarnos de un cierto complejo de inferioridad respecto a la cultura dominante como la única moderna en el mundo contemporáneo». Pienso que Juan Pablo II no vivió en su vida personal de creyente en Jesucristo la ruptura entre fe y vida, más típica de los cristianos occidentales y, por ello, su fe invadía todas las esferas de su persona, de modo que, sentía que esa fe ha de tener consecuencias en la vida de la sociedad en que vivimos. No es una fe para la esfera privada. Esa valentía del Papa Juan Pablo tal vez nos libró de querer

quedarnos «en la sacristía o en los locales parroquiales» aislándonos así del mundo circundante, en el mundo «espiritual» del que se sale a lo mundano. Recuerdo en Cuatro Vientos en 2003 cuando afirmaba con la fuerza de un joven de 83 ó 84 años: «Se puede ser joven católico y moderno», cuando nos decía que la fe se propone, no se impone.

Santos Papa Juan XXIII y Juan Pablo II, benditos seáis, rogad a Dios por la Iglesia y por el mundo al que somos enviados.

## **UNA CARTA PARA UN MOMENTO IMPORTANTE**

### **Escrito dominical, el 11 de mayo**

Es una carta parecida a la que he escrito otros años a los niños de 8/9 años. ¿Por qué a los que tienen esa edad? Porque son los niños y niñas que se inician al domingo y a la Eucaristía recibiendo a Jesús sacramentado. ¿Ah, sí? ¿Y qué es eso de iniciarse al domingo y a la Eucaristía? Eso es muy fácil: es prepararse a celebrar cada domingo la Eucaristía y poder comulgar el Cuerpo y la Sangre de Jesús por primera vez y, desde ese momento, todos los domingos. Bueno: otros lo llaman “hacer la Primera Comunión”, y está bien dicho, pero me asusta que una cosa tan bonita como recibir a Jesús sacramentado sólo se quede en tantas ocasiones en una fiesta y poco más.

¿No es bueno hacer fiesta cuando se recibe a Jesús por primera vez en la celebración de la Misa dominical? Sí, pero sin pasarse, porque entonces se piensa que sin fiesta, regalos, ya no merece la pena comulgar en la Misa que celebramos cada domingo ni seguir en catequesis para crecer en la fe y la amistad con Jesús. Cuando tú, comulgues, niño o niña que me leas, deja que Jess te mire a los ojos porque quiere ser tu amigo. Mírale también tú con amor y cuéntale tus cosas como a un verdadero amigo. ¿Sabes por qué? Es que Él te invita a mirar también con amor a todas las personas, sobre todo a las que sufren, a los que nadie quiere, a los que están solos y abandonados. Es muy importante acostumbrarse a hablar con Jesús de muchas cosas; es lo que llamamos oración, que no son únicamente el Padrenuestro o el Avemaría que rezamos de carrerilla.

Os contaré algo. No hace mucho que me escribió una niña que va a un oratorio para aprender a hablar con Jesús, es decir, a aprender a orar; esta niña me decía que lo que siente cuando asiste al oratorio es cómo le llama Jesús y le dice que la quiere: “Cosa que también la pasará a mucha gente”, dice ella. Cuando va al oratorio se siente alegre, tranquila, como si le llegara una chispa de felicidad que le ayuda a seguir caminando todo el día, es como si entrara en un cielo inmenso, pues el Señor está ahí, para apartar de ella los males y tomarla en sus brazos, pues con Jesús siempre estaremos a salvo. La carta es posible que le haya ayudado a escribirla la mamá de la niña u otra persona. Pero lo que me importa es deciros que sí desde la primera comunión tú te acostumbras a hablar con Jesús, cuando le recibes en la Misa de los domingos, serás feliz y te acostumbrarás a ser mejor cada día.

Ya sé que también en toda la preparación a esta iniciación al domingo y a la Eucaristía ayudan (o, por el contrario, perjudican) los papás de cada niña o niño. Pero no tengo porque ser mal pensado y creer que muchos padres lo hacen pero que muy bien, aunque ia veces...! También me dicen los catequistas y los párrocos que la primera comunión de su hijo ha ayudado a algunos papás a poner una mirada atrás para volverse a encontrarse como personas queridas por Dios. ¿Quién duda que la ilusión de su hijo ante el acontecimiento de recibir a Jesús haya ayudado a muchos padres a recordar el encuentro con Aquel que sabemos nos ama y siempre espera?

Yo creo que no debéis dejar de vivir con mucha más profundidad la fe y así recibir un apoyo para afrontar con más fuerza todas las dificultades de la vida. Sólo os pediría que enseñéis a vuestro niño o niña a ser más solidario con los demás, a mirar con otros ojos a los pobres y abandonados, y que sepan ofrecer el perdón a quienes les ofenden. Y, ¿por qué no damos juntos, vosotros y yo, muchas gracias a vuestros sacerdotes y catequistas por cuando han hecho por acoger cada semana a vuestro hijo en la catequesis? Os invito a celebrar la primera comunión de vuestros hijos con la sobriedad y la belleza propias de las fiestas cristianas, y a ir con ellos a la Eucaristía de la segunda, la tercera, la cuarta... comunión. Felicidades.

## **LA PASCUA Y LA EUCARISTÍA DOMINICAL**

### **Escrito dominical, el 18 de mayo**

Si tuviéramos que afrontar un debate o conversación con personas que no entienden o atacan la forma de vida cristiana en su dimensión dogmática (¿qué creemos?), vida moral y comportamiento de los cristianos en una sociedad plural y en la realidad del culto propio del Cristianismo, sería bueno que nos detuviéramos y profundizáramos. Porque esos debates y conversaciones se dan constantemente y, por desgracia, la iniciativa parte casi siempre por los que no participan de nuestra fe o están alejados de la Iglesia y que rechazan su existencia o la manera cómo se desarrolla ésta, no de un deseo en los católicos de acercarse y ofrecer proponiendo el Evangelio, esto es, Jesucristo. Pero para no entrar en discusiones estériles, hay que ser perspicaces y adentrarse en lo fundamental cristiano no en batallitas estériles.

Podemos empezar, siguiendo lo dicho en el número anterior por la participación en la Eucaristía del domingo, en “el día llamado del sol, nos reunimos en un mismo lugar; tanto los que habitamos en las ciudades como en los campo” (San Justino (hacia el 165 d.C.), Apología primera en favor de los cristianos, cap. 67). Los cristianos, como otras personas religiosas, tenemos necesidad de realizar actos de culto a Dios, pero en la Liturgia de la Iglesia hay algo más: nos reunimos precisamente el “día del sol”, porque éste es el primer día de la creación, cuando Dios empezó a obrar sobre las tinieblas y la materia, y también porque es el día en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos. En esto no hemos cambiado nada. Como san Justino, afirmamos que en “el día del sol” Jesús fue visto por sus apóstoles y discípulos.

Ese día, pues, los que han sido lavados en el baño de la regeneración y del perdón de los pecados y viven, o lo intentan, tal como Cristo nos enseñó, celebran la Eucaristía. Es decir, se leen los comentarios de los Apóstoles (así llama san Justino a los 4 evangelios) o los escritos de los profetas del AT. Después que han acabado los lectores, el que preside exhorta y amonesta con sus palabras a la imitación de tan preclaros ejemplos de Jesús. Luego nos ponemos en pie y elevamos nuestras preces; cuando éstas se terminan, se trae pan, vino y agua; entonces el que preside eleva, fervientemente, oraciones y acciones de gracias, y el pueblo aclama: Amén, así es. Seguidamente tiene lugar la distribución y comunicación, a cada uno de los presentes, de los dones sobre los cuales se ha pronunciado la acción de gracias, y los diáconos lo llevan a los ausentes.

¿Por qué hacemos esto? Precisamente porque los Apóstoles nos enseñan que así lo mandó Jesús, ya que Él, tomando pan y habiendo pronunciado la acción de gracias, dijo: Haced esto en memoria mía; éste es mi cuerpo; del mismo modo, tomando el cáliz y habiendo pronunciado la acción de gracias, dijo: Ésta es mi sangre, y se lo entregó a ellos solos. San Justino comenta que “a partir de entonces, nosotros celebramos siempre el recuerdo de estas cosas; y, además, los que tenemos alguna posesión socorremos a todos los necesitados, y así estamos siempre unidos. Y por todas estas cosas de las cuales nos alimentamos alabamos al Creador de todo, por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo”.

No pueden decir, sin embargo, que muchas veces no socorremos a los necesitados o que no estamos unidos, o que vamos a Misa por aparentar o por cumplimiento o por tradición. Es posible. Pero en nada contradice estas posibles malas conductas la bella realidad de nuestro culto y la maravilla de la Misa dominical. Esta sigue siendo absolutamente necesaria para ser cristiano, porque encierra la esencia del Cristianismo: la resurrección de Cristo, su presencia entre los suyos, la posibilidad de mantener la alianza con nosotros y la fuerza que por su Espíritu nos permite ser cristianos y mantener la esperanza de la vida eterna que recibimos en el Bautismo. Es tiempo propicio la Pascua para descubrir de nuevo la importancia de celebrar en la Iglesia la Eucaristía que nos dejó el Señor. Son de las cosas esenciales para un cristiano.

## **NUESTRA ACTUALIDAD ECLESIAL**

### **Escrito dominical, el 25 de mayo**

En este tiempo pascual, gran parte del cual transcurre en el mes de mayo, nuestra Iglesia en sus comunidades parroquiales, grupos, movimientos apostólicos e instituciones eclesiales prosiguen el curso pastoral muy al hilo de la vida de la gente, sus problemas, sus alegrías, su trabajo apostólico y caritativo, también sus fiestas y efemérides. Mi deseo es seguir animando vuestro esfuerzo y vuestras tareas, como he tenido ocasión de hacerlo de forma más concreta en

las parroquias que he visitado este curso pastoral en los arciprestazgos de El Real de San Vicente y Sagra Norte. Pido al Señor que su bendición y su presencia pascual os fortalezca.

Necesitamos la fortaleza, una virtud muy cristiana porque el bien y la vida cristiana son arduos, esto es, difícil y dificultoso. Los católicos, como otros ciudadanos, pasáis por dificultades económicas por falta de trabajo y otras circunstancias que la vida diaria lleva consigo. Encontrar ayuda en vuestra familia, pero también en vuestra comunidad o grupo es necesario. Además, está ese plus de sostener los retos que lleva consigo vivir como discípulo de Cristo. Por ejemplo, tenéis que soportar que tanta gente en nuestra sociedad identifique la Iglesia con la jerarquía (sacerdotes y obispos) o mantenga una posición constante de que lo único que tiene y persigue la Iglesia son privilegios y dinero público. En cambio, en muchas ocasiones sentimos que somos utilizados por tantos, cuando les interesa.

Pero hay que mantener el testimonio cristiano y vivir el amor de Jesucristo vivo. Y hacerse presente en tantas cosas de toda índole como acontecen en nuestra sociedad. Tenemos las elecciones al Parlamento europeo. Esperamos siempre que nuestros candidatos nos hablen claro de lo que Europa, de las ventajas de estar en la Unión Europea, del entramado de temas que se debaten en Bruselas y que nos atañen, pues afectan a la vida moral y familiar, a los derechos humanos, al ser humano en general; y que nos hablen menos de los logros de su partido y de lo mal que es el adversario. No sé si en esta ocasión lo han conseguido o no. Espero que seáis perspicaces y maduros y votéis responsablemente.

Pero es que recuerdo que hace ya bastantes años los parlamentarios españoles en el Parlamento Europeo invitaron a unos 19 obispos españoles a conocer las instituciones europeas de Estrasburgo. Yo formé parte de ese grupo. Las elecciones para elegir los miembros de ese Parlamento eran tres o cuatro meses más tarde. Nos insistían cada mañana en que nos reuniáramos con dos o más representantes de todos los partidos o quienes quisieron conversar con nosotros que hiciéramos el esfuerzo de animar a nuestros fieles a conocer que era la Unión Europea y la necesidad de votar. Algo laudable, sin duda. Pero yo me atreví a sugerir a algunos de nuestros representantes que, en lugar de tantas peleas dialécticas entre partidos, fueran los candidatos quienes, en la campaña electoral, explicaran bien todo ese entramado no fácil. Reconocieron que se enredaban en discusiones que no pasaban de temas domésticos y poco europeos.

Reconozco que fueron muy amables con nosotros y con capacidad de mantener un diálogo en muchos temas importantes, algunos no resueltos todavía, como el reconocimiento de las Iglesias, la mejor distribución del trabajo y la riqueza. Hace ya bastantes años de aquello. Hoy los problemas son parecidos, pero que siguen afectando a la realidad misma de lo que es Europa, el humanismo cristiano, el pluralismo, la libertad religiosa, la defensa de las minorías, los inmigrantes, el terrorismo, la unidad europea, etc. No olvido otros asuntos de gran actualidad para nuestro país, para nuestro pueblo: enseñanza, aborto, disminución del paro, economía con menos dificultad para las familias. Y otros muchos. Pero ya hablaremos de ellos en otra ocasión. Cercana ya la fiesta de Pentecostés que cierra la Pascua, os deseo a todos la paz y la gracia del Señor.